

VINDICACIÓN DE EDMUND BURKE

TRADUCCIÓN DE MARIO OJEDA REVAH

1. LA VERDAD Y LAS CONSECUENCIAS

EL 1º DE NOVIEMBRE DE 1790 SE PUBLICÓ EN FRANCIA EL MÁS célebre libro de Edmund Burke, *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*. Importa tener en cuenta el título correcto ya que el libro ha sido frecuente e incorrectamente conocido como *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*. El verdadero título del libro revela, en forma idónea, los propósitos de su autor. El objetivo de Burke al elegir este título fue precisar que no se trataba tan sólo de "una revolución francesa" sino de una revolución general iniciada en Francia pero con probabilidades de extenderse hacia otros países, como habría de suceder en realidad a través de la expansión militar, menos de dos años después de la publicación de las *Reflexiones*.

Sin embargo, ya mucho antes de la expansión militar y de que Burke comenzara a escribir sus *Reflexiones*, la revolución que se había iniciado en Francia comenzaba a extenderse de otra manera. Fue ésta una expansión que se dio a través de la circulación de las ideas, y gracias a la entusiasta simpatía, admiración y espíritu de emulación que diversas gestiones y declaraciones hechas en Francia suscitaban en ciertos círculos en el extranjero, incluyendo a Gran Bretaña, hacia fines de 1789. Las *Reflexiones* de Burke fueron escritas con el propósito deliberado de alertar contra esta forma de expansión revolucionaria. Las *Reflexiones* recuerdan el 1784 de George Orwell en dos importantes sentidos. Ambos libros versan sobre una revolución en otro país y sus consecuencias, y ambos fueron escritos en contra de los simpatizantes de esa revolución con el objeto de aislarlos.

Burke había tenido serias dudas acerca de la revolución desde un principio. Las primeras opiniones que se le conocen al respecto están contenidas en una carta dirigida a Lord Charlemont, fechada el 9 de agosto de 1789:

Nuestras ideas acerca de lo que ocurre en casa se encuentran interrumpidas por nuestro asombro ante el maravilloso espectáculo que se exhibe en un país rival y vecino: ¡qué espectadores y qué actores! ¡Inglaterra contempla con azoro la lucha de Francia por la libertad sin saber si maldecir o aplaudir! Si bien pensé haber visto algo semejante en gestación durante muchos años, la cuestión en verdad posee todavía algo en sí de paradójico y misterioso. Es imposible no admirar el espíritu, mas la vieja crueldad parisina ha estallado de una manera espantosa. Es verdad que esto puede no ser más que una explosión repentina ... pero de ser

temperamento más que accidente, entonces aquella gente no está apta para la libertad, y debe vivir bajo una mano dura como la de sus anteriores amos para ser refrenada.

Burke en ningún momento aprobó la Revolución Francesa; sin embargo, no sintió durante 1789 la menor necesidad de combatirla. Burke llegó a la decisión de alertar contra los simpatizantes ingleses de la Revolución Francesa durante la tercera semana de 1790, después de leer un folleto que contenía las actas de la Sociedad Revolucionaria que se había reunido el 4 de noviembre del año anterior. La Sociedad era un antiguo cuerpo reconocido, compuesto principalmente por disidentes, que fue fundada para conmemorar la Revolución Inglesa de 1688. La Sociedad se reunía anualmente el 4 de noviembre, fecha del natalicio de Guillermo III. La reunión de 1789 fue la primera desde la toma de la Bastilla y sus participantes hicieron uso de la ocasión para celebrar y ensalzar la Revolución Francesa. El acto consistió en un sermón pronunciado por un conocido clérigo disidente, el reverendo Richard Price; una resolución aprobada por la Sociedad; una cena en la London Tavern; y un discurso a la Asamblea Nacional. Si bien Burke se concentrará en las *Reflexiones* sólo en el sermón de Price, fue el folleto en su conjunto el que lo enardeció y lo orilló a escribirlas. El folleto enmarcaba la aceptación británica de la Revolución Francesa en un contexto de antipapismo. La resolución aceptada por la Sociedad Revolucionaria en la London Tavern, la tarde posterior al sermón de Price, rezaba como sigue:

Esta sociedad, sabedora de las importantes ventajas que se le presentan al país como consecuencia de su liberación del papismo y del poder arbitrario, y consciente de que, bajo Dios, estamos en deuda por esta señal y bendiciones por la Revolución, que instaló a nuestro libertador, el Rey Guillermo III, en el trono; por la presente declaramos nuestra firme adhesión a los principios civiles y religiosos que fueran reconocidos y establecidos por ese generoso acto y que ha preservado la herencia del linaje protestante; y decidida nuestra resolución por mantener y, con todo lo que esté en nuestras manos, perpetuar aquellas bendiciones hasta la posteridad última.

En esa misma ocasión, Price presentaría el discurso congratulatorio ante la Asamblea Nacional en París, que fue debidamente pronunciado, transmitido a la Asamblea y recibido cálidamente por la misma.

En esta forma, una sociedad creada para celebrar la revolución de 1688 subrayaba el carácter anticatólico de aquella

revolución mientras daba la bienvenida a la Revolución Francesa que ya entonces había asumido un carácter anticatólico, principalmente a través de la incautación de propiedad eclesiástica (noviembre de 1789).

Esta combinación hirió profundamente a Burke, al golpearlo precisamente en un lado flaco de su propia personalidad política. Políticamente hablando, Burke era un whig (miembro del partido liberal) y por lo tanto estaba comprometido *ex officio* con los principios de 1688 (The Glorious Revolution). No obstante estaba incapacitado para compartir los sentimientos de la mayoría de los whigs hacia aquella revolución. Burke necesitaba minimizar sus rasgos anticatólicos, de manera que cuando la Sociedad Revolucionaria los magnificaba él sufría y sentía la necesidad de contraatacar.

La madre de Burke fue durante toda su vida católica practicante, como lo fue su gente, los Nagles, una familia católica acomodada del valle de Blackwater, condado de Cork. Burke permaneció seis años de su infancia con ellos y compartió sus sentimientos respecto al Código Penal Anticatólico, que tan desfavorablemente gobernaba tantos aspectos de sus vidas.

El padre de Edmund Burke, Richard Burke, fue, al menos aparentemente, miembro de la Iglesia Oficial Irlandesa, dentro de la cual Edmund había sido educado como feligrés. Sin embargo, el propio Richard Burke pudo también haber sido víctima de las leyes penales, aunque de una manera más insidiosa. Tengo razones para creer que Richard había sido católico, pero que se plegó a la Iglesia Oficial a fin de proteger su carrera de abogado.

El problema de Burke con la revolución de 1688 estribaba en que, comprometido con sus principios generales, por los grandes beneficios que había reportado a Gran Bretaña, detestaba el más conspicuo y opresivo de los legados de la revolución en Irlanda: el Código Penal.

A lo largo de su carrera política, Burke lidió con este problema, buscando hacer extensivos los beneficios de la revolución de 1688 —es decir la libertad religiosa y civil que había prometido— a los católicos, en Gran Bretaña e Irlanda. En este esfuerzo Burke se vio ayudado por el más liberal *Zeitgeist* del tardío siglo XVIII —el avance de la Ilustración. Auspicado por esta tendencia logró desarrollar con éxito la primera medida de emancipación católica —la Ley de Asistencia Católica de 1778. Pagó por ello con la pérdida de su escaño parlamentario de Bristol en las elecciones generales de 1780, como consecuencia de la reacción anticatólica que despertó dicha ley, y que encontró su expresión más dramática en los llamados disturbios de Gordon, acaecidos en el verano de aquel mismo año, en los cuales Lord George Gordon acusó públicamente a Burke por el grado de asistencia contra el cual los amotinados protestaban.

Se puede apreciar, por lo tanto, por qué las actas de la Sociedad Revolucionaria inglesa del 4 de noviembre de 1789 le resultaron tan repugnantes a Edmund Burke. No quisiera empero que se me malinterpretara. Los elementos anticatólicos en la recepción inglesa a la Revolución Francesa no constituyen "la razón por la que" Burke estaba en contra de aquella revolución. Burke estuvo en contra de ella desde el principio por motivos racionales, por su objeción a las innovaciones radicales en materia social construidas sobre fundamentos teóricos. Lo que las actas de la Sociedad Revolucionaria lograrían sería canalizar las emociones, además del poder de

razonamiento de Burke en contra de la Revolución Francesa. Las *Reflexiones* son el fruto de tal alianza.

Mientras trabajaba todavía en lo que más tarde se convertiría en sus *Reflexiones*, Burke se dirigía hacia un rompimiento con su viejo amigo, el ahora líder de su partido, Charles James Fox. Ello se hizo evidente en un debate en la Cámara de los Comunes sobre la iniciativa de ley sobre el presupuesto del ejército en febrero de 1790. Fox se había expresado con entusiasmo sobre los diversos desarrollos revolucionarios en Francia. Burke lanzó una advertencia:

La Cámara debe haberse percatado al presentarme a responder uno o dos comentarios de mi amigo de lo ansioso que estoy porque el desorden de Francia no se vea en lo más mínimo apoyado en Inglaterra... me opongo firmemente a la menor tendencia que busque introducir una democracia como la de ellos... tanto como pudiera afligirme, si tal cosa fuese intentada, y si cualquier amigo mío colaborase en tales medidas (estoy lejos, muy lejos de creer que así pudiera hacerlo) abandonaría a mis mejores amigos y me uniría a mis peores enemigos para oponerme tanto a los medios como a los fines, para resistir cualquier presión violenta del espíritu de innovación, tan ajeno a todo principio de reformas verdaderas y seguras: un espíritu bien calculado para derrocar Estados, mas perfectamente incapaz de enmendarlos.

Según la memoria parlamentaria Fox se levantó para responder "con un desasosiego que era imposible de describir". Reconoció su profunda deuda intelectual con Burke, y explícitamente desaprobó todo intento "por introducir cualquier elemento peligroso en nuestra excelente Constitución". Burke inmediata y amablemente aceptó la "amende honorable", pero el episodio parlamentario no terminaría allí. Richard Brinsley Sheridan, entonces el miembro whig más prominente después de Burke y Fox, frustró la escena de reconciliación al declarar que "discrepaba decididamente de Burke" en "casi cada palabra que había proferido respecto a la Revolución Francesa", a lo que Burke secamente respondió que de "allí en adelante" Sheridan y él "estaban separados políticamente".

La disputa entre los principales whigs no se impuso a la atención del Parlamento otra vez sino hasta abril — mayo de 1791. Mientras tanto (en noviembre), las *Reflexiones* habían sido publicadas, agudizando la disputa. Fue un periodo tranquilo en la historia de la revolución en Francia, y para la mayor parte de los whigs, Burke y su libro parecían extremadamente alarmistas. Fox, bajo la influencia de Sheridan, también estaba adoptando posiciones extremas pero en sentido contrario a las de Burke.

El 15 de abril Fox declaró, en el curso de un debate parlamentario, que la nueva constitución francesa era "el más estupendo y glorioso edificio de libertad levantado sobre los cimientos de la libertad humana en cualquier lugar o país". De acuerdo con la Memoria Parlamentaria, "tan pronto como el señor Fox tomó asiento, Burke se alzó visiblemente emocionado" pero fue llamado por los whigs. No tuvo oportunidad de retomar la cuestión sino hasta el 21 de abril, fecha que presenció una suerte de enfrentamiento preliminar entre Fox y Burke, ninguno de los cuales estaba dispuesto a recular.

El 6 de mayo se desató finalmente la tormenta. Burke comenzó con un largo discurso en el tono de las *Reflexiones*. Concluyó con un ataque directo a la constitución francesa

que Fox tanto veneraba: "Considero la constitución francesa no con aprobación sino con horror, por involucrar todo principio que debe ser detestado y por estar preñada de toda consecuencia digna de ser temida y abominada".

Fox replicó con un severo sarcasmo, ciertamente para enardecer los ánimos. Cuando Burke se levantó de nuevo su discurso fue interrumpido por frecuentes llamados al orden procedentes de su propia bancada. Burke creyó que habían sido organizados por Fox. Probablemente estaba equivocado, si bien Fox pudo haber desalentado estas demostraciones de haberlo deseado. Como quiera que aquello haya sido, fue la creencia de Burke de que Fox estaba alentando al coro de sus antiguos amigos en contra suya lo que condujo al rompimiento final. "Uno que antiguamente fue mi amigo se esfuerza en convencer a la Cámara de que me censure. En el curso de nuestra larga relación, ninguna diferencia de opinión había interrumpido nuestra amistad por un solo momento". La memoria parlamentaria registra a Fox en ese momento murmurando: "No hubo pérdida de amigos".

Burke: "Sí que la hubo. Conozco el precio de mi conducta. He cumplido mi deber pagando el precio de perder un amigo. Nuestra amistad ha llegado a su fin". A estas alturas la memoria parlamentaria continúa:

El señor Fox se levantó para responder: pero su mente estaba tan agitada y su corazón tan afectado por lo que había sucedido al señor Burke, que transcurrieron algunos instantes antes de que pudiese continuar. Lágrimas resbalaban de sus mejillas e intentó en vano articular sentimientos que dignificaran y exaltaran su naturaleza. La sensibilidad de cada miembro de la Cámara pareció notablemente exaltada en aquella ocasión.

La apertura del discurso de Fox, del que éste era el prelude, fue amable y respetuoso para Burke y por un momento pareció como si la reconciliación de febrero de 1790 pudiera haberse repetido. Pero entonces Fox recordó las *Reflexiones* y pensó en voz alta sobre ellas. "Tan pronto como ese libro fue publicado lo censuré, tanto pública como privadamente, lo mismo que a cada una de las doctrinas en él contenidas".

Edmund Burke no podía continuar como miembro de un partido cuyo líder, en presencia suya y del pleno de la Cámara de los Comunes, había condenado tan lapidariamente todas las doctrinas contenidas en las *Reflexiones sobre la revolución en Francia*. Burke replicó fríamente —hablando de "pretensiones de amistad"— y la brecha entre él y Fox se hizo irreparable.

Tal y como sucedió, el rompimiento con Burke llegó en un mal momento para los whigs. Un mes después de la disputa entre Burke y Fox, Luis XVI y María Antonieta intentaron huir a Varennes y fueron llevados de regreso a París en calidad de prisioneros. La Revolución Francesa tomó entonces un curso vertiginoso hasta vindicar por completo, para el periodo de 1792-1793, lo que hasta entonces había sido considerado como un cuadro alarmista descrito por Burke en las *Reflexiones*. Los whigs, que habían rechazado al autor de las *Reflexiones*, se habían enajenado a sí mismos de la opinión pública británica en razón de su entusiasmo por la Revolución Francesa.

2. PERSPICACIA EQUIVALENTE A PROFECÍA

Hasta ahora he examinado la génesis de las *Reflexiones* y sus

consecuencias inmediatas en la política británica. Ahora abordaré el contenido mismo del trabajo.

El libro comenzó como una carta, dirigida a un "muy joven caballero" en París que había pedido seguridades en cuanto al curso futuro de la revolución en Francia. La respuesta original de Burke enviada por él a París hacia finales de 1790, explica calmada y cortésmente por qué no podía darle seguridades en este sentido. Burke contesta a su corresponsal francés: "Vosotros pudisteis subvertir la monarquía, pero no habéis recobrado la libertad... Habréis de vivir bajo un nuevo orden de cosas, bajo un plan de gobierno del cual ningún hombre puede hablar con experiencia... Puede que los franceses todavía deban pasar por más transmigraciones".

Esas tres opiniones fueron desarrolladas en profundidad en las *Reflexiones*, las cuales están todavía en la forma de una carta al mismo corresponsal. Pero las *Reflexiones* son en otro sentido muy diferentes, en carácter y tono, de la carta original. En el interin, de mediados de enero de 1790 en adelante, Burke conoció aquellas "prácticas de ciertas sociedades" en Londres, en las que se expresaba una admiración irrestricta por la Revolución Francesa y que encerraban un deseo por emularla en Inglaterra.

Burke sintió gran enojo y alarma ante estas prácticas y habiéndolas denunciado desde su escaño en la Cámara de los Comunes, en febrero de 1790, se dispuso a escribir un opúsculo previniendo al público británico contra los peligros de cualquiera de dichas tendencias. Ese opúsculo en forma de carta son las *Reflexiones*.

La apasionada indignación de Burke en contra de la Revolución Francesa y sobre todo en contra de cualquier intento por imitarla en las Islas Británicas es evidente en las *Reflexiones*, es su fundamento y el origen de una parte de su fuerza. Mas una parte solamente. El texto de las *Reflexiones* ocupa cerca de trescientas páginas. Calculo que el noventa por ciento del mismo se compone de argumentos y análisis. Existe una tendencia emocional subyacente a lo largo del texto, pero ésta emerge a la superficie tan sólo rara vez. Cuando lo hace, la retórica resultante es espectacular. El pasaje más espectacular —el concerniente a la reina de Francia, tal y como Burke la vio en 1773— ha sido citado más a menudo que cualquier otra parte del libro. La repetición de esta cita ha creado la falsa impresión de que las *Reflexiones* son básicamente un compendio de retórica majestuosa. En realidad la mayor parte del libro se compone de argumentos llanos y convincentes. La pasión está presente, pero Burke la mantiene bajo control, salvo en las raras ocasiones en que decide no hacerlo.

El principal rasgo distintivo de las *Reflexiones* es la fuerza perceptiva de Burke acerca del carácter de la Revolución Francesa, por entonces en una fase temprana. Esta percepción es tan penetrante como para dotarlo de poder político. Él ve el curso que la revolución está tomando. Nadie más parece haberlo hecho en aquel momento. La primavera y el verano de 1790, el periodo en el cual Burke escribió las *Reflexiones*, fue presumiblemente la etapa más tranquila en la historia de la revolución. Fue este un periodo constituyente, de retórica benévola y de celebración pacífica, tal y como se aprecia en la *Declaration de Paix au Monde* del 21 de mayo de 1790 o en la *Fête de la Fédération* del 14 de julio de 1790, que marcaba el primer aniversario de la caída de la Bastilla.

Al contemplar tan atractiva escena durante la primavera y

y el verano de 1790, la mayor parte de la gente pareció haber dado por sentado que la Revolución Francesa "había ocurrido ya" y que todo lo que quedaba por hacer era cosechar sus benignas consecuencias. Burke intuyó que la revolución estaba apenas comenzando. En el penúltimo párrafo de las *Reflexiones* éste advierte que la "comunidad francesa" difícilmente podría permanecer bajo la forma que había adquirido en 1790: "Pero antes de su asentamiento final bien podría verse obligada a pasar, como uno de nuestros poetas dijo, 'a través de grandes variedades de un ser no experimentado' y en 'todas sus transmigraciones ser purificada por sangre y fuego'".

Al leer las *Reflexiones* con un grupo de alumnos de licenciatura en Nueva York en los años sesenta, encontré que mis estudiantes daban por hecho que los más ominosos acontecimientos de la revolución —es decir las masacres de septiembre, el terror, las ejecuciones del rey y la reina— habían tenido ya lugar cuando las *Reflexiones* fueron escritas. En realidad todos estos acontecimientos se encontraban en el futuro, y no obstante, hay un sentido en el cual dichos acontecimientos se hallan ya presentes en las *Reflexiones*. Están presentes en el sentido de que la brutal dinámica que Burke le atribuye a la revolución desde 1790, se hace visible a los ojos del mundo a través de aquellos acontecimientos de 1792-1794.

Burke previó no sólo las "transmigraciones, el fuego y la sangre". En un pasaje notable, en la página 342 de la colección de autores clásicos de la casa Penguin, Burke previó cómo estas transmigraciones desembocarían en un despotismo militar.

Es sabido que, hasta ahora, los ejércitos han cedido una muy precaria e incierta obediencia a cualquier senado o asamblea popular, y cederán menos dicha obediencia a una asamblea que habrá de tener una continuidad de tan sólo dos años. Los oficiales deben perder totalmente la característica disposición de los militares; si observan con perfecta sumisión y con la admiración debida el dominio de los defensores, especialmente cuando descubren que existe una nueva pleitesía que rendir a una interminable sucesión de aquellos defensores, cuyas políticas militares, y cuyo genio de mando (si es que tienen alguno), debe ser tan incierto como su duración pasajera. En la debilidad de un tipo de autoridad y en la fluctuación de todas las demás, los oficiales de un ejército permanecerán por un tiempo rebeldes y facciosos hasta el momento en que un general popular, que entienda del arte de conciliar a la tropa, y que posea un genuino don de mando, con lo cual logrará atraer las miradas de todos los hombres hacia sí mismo. Los ejércitos le obedecerán por virtud de su persona. No existe otra forma de asegurar la obediencia militar en un estado de cosas semejante. Mas cuando ello llegue a suceder, la persona que en realidad domine el ejército será vuestro amo, el amo (y eso es poco decir) de vuestro rey, el amo de vuestra república entera.

La conquista del poder por Napoleón Bonaparte —el acontecimiento augurado en aquel extraordinario pasaje— tendrá lugar el Dieciocho Brumario de 1799, es decir nueve años después de la publicación de las *Reflexiones*, y más de dos años después de la muerte del autor. Esta asombrosa capacidad de Burke para ver la dirección en que los acontecimientos se movían, se derivaba no de alguna clase de intuición mística, sino de una aguda capacidad de observación, de una juiciosa inferencia de lo observado, y mediante un riguroso análisis de

lo que era discernido por observación e inferencia. Burke tenía un enorme respeto por las circunstancias, y las observaba con atención comparable. Existe un pasaje en relación con la libertad que tiene lugar muy cerca del principio de sus *Reflexiones* (pp. 89-91 de la edición de Penguin) que es fundamental para conocer el pensamiento político de Burke, no sólo en cuanto a sus *Reflexiones*, sino en su generalidad. En este pasaje, Burke se refiere a las felicitaciones transmitidas por la Sociedad Revolucionaria inglesa a la Asamblea Nacional francesa en noviembre de 1789 por el logro de la libertad en aquel país. El pasaje reza como sigue:

Me congratulo por amar una libertad resuelta, moral y reglamentada, tanto como lo haría cualquier caballero de la Sociedad Revolucionaria; quienquiera que sea, y quizás he dado tantas como tan buenas pruebas de mi apego a dicha causa en el curso entero de mi vida pública. Me parece que envidio tan poco la libertad de otra nación como lo haría cualquiera de ellos. Mas no puedo presentarme, y alabar o censurar nada que se relacione con las acciones o preocupaciones humanas, tras un simple vistazo al objeto, tal y como se presenta, desvinculado de toda relación, en toda la desnudez y soledad de la abstracción metafísica. Las circunstancias (que algunos caballeros toman por valer nada) brindan en realidad a cada principio político su color distintivo, y su efecto discriminante. Son las circunstancias las que vuelven todo proyecto, político o civil, benéfico o perjudicial para la humanidad. Abstractamente hablando, todo gobierno al igual que la libertad es bueno; sin embargo, ¿habría podido yo en mi sano juicio haber felicitado hace diez años a Francia por su goce de un gobierno (pues entonces ésta tenía un gobierno) sin conocimiento sobre la naturaleza de aquel gobierno, o cómo estaba administrado? ¿Puedo acaso ahora felicitar a esa misma nación por su libertad? ¿Es tal vez porque la libertad en abstracto puede ser clasificada entre las bendiciones de la humanidad, por lo que debo felicitar seriamente a un loco que ha escapado de la sujeción protectora y de la edificante oscuridad de su celda, para su reintegración al disfrute de la luz y la libertad? ¿Debo acaso felicitar a un bandido y asesino que ha escapado de prisión por la recuperación de sus derechos naturales? Esto sería tanto como recrear la escena de los condenados a las galeras, y a su heroico liberador, el Caballero Metafísico del Peseroso Talante.

Cuando observo el espíritu de la libertad en acción, observo un firme principio en movimiento; y esto, por un instante, es todo lo que puedo humanamente conocer de él. El gas turbulento el aire fijo es sencillamente dejado sin trabas: sin embargo, debemos interrumpir nuestro juicio hasta que la primera efervescencia se haya apaciguado un poco, hasta que el licor sea disipado y hasta que podamos ver algo más profundo que la agitación de una turbulenta y espumosa superficie. Debo estar medianamente seguro, antes de aventurarme públicamente a felicitar a los hombres por una bendición, de que éstos hayan recibido efectivamente una. La lisonja corrompe tanto a quien la recibe como a quien la prodiga; y la adulación no es más útil al pueblo que lo que puede ser a los reyes. Habrá por lo tanto de aplazar mis congratulaciones acerca de la nueva liberación de Francia, hasta que sea informado de cómo ha sido conciliada con la autoridad; con la fuerza pública; con la disciplina y obediencia de los ejércitos; con la recaudación de un eficaz y bien distribuido ingreso; con la moral y la religión; con la solidez de la propiedad; con la paz y el orden con los modales civiles y sociales. Todas ellas son (a su manera

buenas cosas también; y sin ellas, la libertad no es un beneficio mientras perdura, ni es probable su continuidad por mucho tiempo. El sentido de la libertad para los hombres en cuanto individuos es que puedan hacer lo que les plazca. Deberíamos de averiguar lo que les gustaría hacer antes de arriesgarnos a congratulaciones que muy pronto pudieran transformarse en quejas. La prudencia aconsejaría esto en caso de hombres privados, aislados y distintos entre sí; pero la libertad, cuando los hombres actúan como cuerpos, es poder. La gente considerada, antes de pronunciarse por algo, observará el uso que se hace del poder, y particularmente de algo tan difícil como puede ser un poder nuevo, depositado en personas nuevas, de cuyos principios, humores y disposiciones poseen éstas escasa o nula experiencia, y en situaciones donde aquellos que parecen los más animados en el escenario, bien podrían no ser los verdaderos instigadores.

3. EL FINAL DE OTRA REVOLUCIÓN

A partir de ahora me referiré a la relación de las *Reflexiones* con nuestra época. De una manera importante, 1990 fue como 1790. Ambos años fueron consecuencia de transformaciones memorables. El año de 1790 presentó el primer aniversario de la toma de la Bastilla, en tanto que 1990 marcó el primer aniversario de la caída del Muro de Berlín. El aniversario de 1990 fue celebrado, al igual que el aniversario de 1790 (si bien no por Burke), como una fiesta de liberación. Sin embargo, las dos versiones de liberación son diametralmente opuestas. Lo que se celebraba en julio de 1790 era el principio de la revolución en Francia. En noviembre de 1990, lo que se celebraba era la revocación de la revolución comunista.

En julio de 1790, mientras Francia se entregaba a la celebración de la Fiesta de la Federación, y los amigos británicos de la Revolución Francesa celebraban con simpatía, Edmund Burke se hallaba inmerso en la redacción del gran opúsculo contrarrevolucionario que fueron las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*. Por los principios expuestos en ellas sabemos que Burke se hubiera alegrado ante la destrucción del Muro de Berlín y ante el profundo descrédito de la revolución comunista.

Existe una continuidad real entre la revolución en Francia y la revolución en Rusia. Dicha continuidad ha sido frecuentemente rechazada, particularmente por los anticomunistas franceses. Los festejos del bicentenario de la revolución, llevados a cabo en París hace dos años, fueron organizados en torno al tema de la liberación universal, supuestamente inspirada por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Tomados como fasto, los festejos fueron brillantes y exitosos. Desde un punto de vista histórico, fueron un completo absurdo. Los conceptos edificantes expresados en la declaración no tuvieron ninguna influencia sobre el comportamiento de los revolucionarios franceses, o de nadie más en ninguna parte. En lo que aquel documento influyó fue en otros documentos: principalmente las constituciones de un número importante de países latinoamericanos, cuyos gobiernos estuvieron en la práctica tan poco influidos por los elevados conceptos en cuestión como los revolucionarios franceses se habían permitido serlo.

Los auténticos herederos de la Revolución Francesa —y más específicamente, de su tradición jacobina— fueron los comunistas. Podemos observar esto de manera particularmente

clara cuando aplicamos categorías burkeanas de análisis. Lo que Burke más detestaba y temía de la Revolución Francesa era su compromiso con la innovación radical, política y social; esto es, la transformación de un orden establecido en conformidad con prescripciones teóricas. En todo ello, Marx y Lenin son legítimos herederos de los jacobinos. La única diferencia sería que el compromiso de los marxistas, en este sentido, superó con mucho al de los jacobinos. Durante cada fase de la Revolución Francesa, los jacobinos dejarían, con una sola excepción, intacta la propiedad privada. Esa excepción, amargamente censurada por Burke, sería la nacionalización de los bienes de la Iglesia en noviembre de 1789. Lo que los jacobinos hicieron con la propiedad eclesiástica, los marxistas lo hicieron con casi toda la propiedad. El resultado de esto sería la economía dirigida, cuyo abyecto fracaso ha sido ahora confirmado en todos los territorios europeos que tuvieron la mala fortuna de ser sometidos por ella.

Lo que hemos presenciado durante 1989 y 1990, en la Unión Soviética y en Europa Central y del Este, es la bancarrota del más grande experimento en innovación política y social jamás visto. ¿Qué vindicación más convincente podría haber de los principios expuestos y de la advertencia contenida en las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*?

La sociedad británica contemporánea es muy distinta de la sociedad británica que Burke conoció; no obstante, hay una clara continuidad entre ambas sociedades. La sociedad británica evolucionó, política y socialmente, no mediante un estallido de innovación, sino a través de una serie de reformas parciales, tal y como Burke lo hubiera deseado. Por su parte, el legado de la innovación francesa no fue tan feliz. La revolución y sus consecuencias harían de los franceses una nación profundamente dividida a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del XX. Después de 1917, los franceses que se sentían pertenecientes a la tradición de su propia y grandiosa revolución afuirían al Partido Comunista Francés. En la segunda guerra mundial, el hecho de que el partido de la clase trabajadora (como lo era, todavía entonces, el PCF) estuviera en contra del esfuerzo bélico —en razón del pacto entre Stalin y Hitler— fue una de las razones que contribuyeron a la derrota de Francia.

De 1970 en adelante, empero, el legado revolucionario que había enloquecido a los franceses por tanto tiempo entró en declive, de la misma manera en que lo hizo el PCF. La celebración del bicentenario en 1989 fue esencialmente una suntuosa fiesta de despedida —una especie de despertar— para una revolución que por fin ha terminado, aun cuando morir le haya tomado cerca de dos siglos.

Una de las consecuencias del declinar del culto a la Revolución Francesa en Francia misma ha sido el surgimiento de un nuevo respeto por Edmund Burke, y por las *Reflexiones* en particular, entre los historiadores franceses. Por muchos años, la escuela dominante de historiadores franceses serían en realidad los sacerdotes de un culto a la Gran Revolución. Mientras ello fue el caso, el autor de las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* — *ce livre infâme*, tal y como lo describiera Michelet — sería necesariamente un anatema. Los historiadores franceses de hoy tienen una opinión muy distinta. El grandioso *Diccionario Crítico de la Revolución Francesa* editado por François Furet y Mona Ozouf, y publicado en 1988, contiene un artículo sobre Burke escrito por Gérard Genette, quien

concluye rindiendo homenaje a su "penetrante clarividencia, que revela las profundidades de lo que estaba en juego en la revolución". Hay otras referencias a Burke, y su nombre figura en por lo menos otros 16 artículos del Diccionario. El año pasado vio la publicación de una nueva traducción francesa de las *Reflexiones*, junto con una selección de otros escritos de Burke sobre la revolución, con un importante y profundamente respetuoso prefacio, escrito por Philippe Raynaud (quien también fue colaborador del *Diccionario Crítico*). Raynaud describe al autor de las *Reflexiones* como "liberal y contrarrevolucionario", lo cual es enteramente correcto.

Permítaseme concluir con uno de los pasajes más notables de las *Reflexiones*. Se trata de un pasaje que es sumamente pertinente a la situación actual en el antiguo imperio del comunismo, y para algunas de las fuerzas que están intentando llenar el vacío dejado por la caída de éste. Se trata, en efecto, de un tratado sobre la versatilidad del mal.

No extraemos las lecciones morales que debiéramos de la historia. Por el contrario, sin cuidado alguno, ésta pudiera ser utilizada para viciar nuestras mentes y destruir nuestra felicidad. Dentro de la historia un gran volumen es desplegado para nuestra instrucción, extrayendo los materiales para la sabiduría futura de los errores del pasado y de las debilidades de la humanidad. Bien podría perversamente servir para un folleto, suministrando armas ofensivas y defensivas a facciones dentro de la iglesia y el estado, y proporcionando los medios para mantener viva o revivir las dimensiones o animosidades, y agitando la furia civil. La historia consiste, en gran medida, en las miserias traídas al mundo por el orgullo, la ambición, la avaricia, la venganza, la lujuria, la sedición, la hipocresía, el celo ingobernable y todo el séquito de apetitos desordenados que sacuden a la sociedad con las mismas

*tormentas que agitadas revuelven
al estado privado y tornan la vida amarga.*

Estos vicios son la causa de aquellas tormentas. La religión, la moral, las leyes, las prerrogativas, los privilegios, las libertades, los derechos del hombre, son los pretextos. Los pretextos se encuentran siempre bajo la apariencia engañosa de un bien verdadero ¿No se puede resguardar a los hombres de la tiranía y la sedición, al desarraigar de la mente los principios a los que estos pretextos fraudulentos se aplican? Si así lo hicierais, desarraigárais todo aquello que de valioso hay en el corazón humano. Como estos son los pretextos, también los actores e instrumentos comunes en los grandes males públicos son reyes, sacerdotes, magistrados, senados, parlamentos, asambleas nacionales, jueces y capitanes. No curaréis el mal al decidir que no debiera haber más monarcas, ni ministros de Estado, ni Evangelio; ni intérpretes de la ley; ni oficiales generales; ni consejos públicos. Tal vez podríais cambiar los nombres. Las cosas deben permanecer bajo alguna forma. Una cierta cantidad de poder debe siempre existir en la comunidad, en manos de alguien, y bajo alguna denominación. Los hombres sabios aplicarán sus remedios a los vicios, no a los nombres; a las causas del Mal que son permanentes, no a los órganos ocasionales por los que éstas actúan, y las maneras transitorias en que éstas aparecen. De otra manera seréis sabios históricamente, mas unos tontos en la práctica. Rara vez tienen dos eras el mismo uso en sus pretextos y los mismos modos de perversidad. La iniquidad es un poco más creativa. Mientras discutís la moda, aquélla

ya se ha ido. El mismo vicio asume un nuevo cuerpo. El espíritu transmigra; y, lejos de perder su principio vital por el cambio de su apariencia, es renovado en sus nuevos órganos con el fresco vigor de una actividad juvenil. Camina hacia el exterior; continúa su devastación, mientras vosotros exponéis al cadáver en la picota, o demolís la tumba. Os aterrorizáis a vosotros mismos con espectros y apariciones, mientras vuestra casa es rondada por los dracones. Es así con todos aquellos que, dependientes tan sólo de la concha y de la cáscara de la historia, piensan que están librando la guerra con intolerancia, orgullo y crueldad, mientras bajo la pretensión de abominar los nocivos principios de facciones anticuadas, están autorizando y alimentando los mismos vicios odiosos en facciones distintas y tal vez peores.

Esas cuatro últimas palabras debieran tenerse en mente mientras contemplamos algunos de los patrones que surgen en el imperio en desintegración del comunismo en ruina: el desenlace del más ambicioso y sostenido esfuerzo innovativo en la historia de la humanidad.



Pablo (Paul) O'Higgins, *Man of the 20th Century*, 1939